

Nada nuevo

Conmemoraciones y crisis. Procesos independentistas en Iberoamérica y la Nueva Granada

JUAN CAMILO ESCOBAR
VILLEGAS, SARAH DE MOJICA Y
ADOLFO LEÓN MAYA SALAZAR
(Editores)

Editorial Pontificia Universidad
Javeriana, Bogotá, 2011, 440 págs.

CUANDO SE observan las dos presentaciones de este libro surgen serias dudas acerca de su objetivo: ¿Se busca con él conmemorar la Independencia? ¿Se pretende llamar la atención sobre nuevas investigaciones acerca de los procesos de Independencia? Desde estas dudas que me surgen al introducirme en su lectura, diría que no ofrece nada nuevo. Incluso, me atrevería a decir que a no ser por la calidad de los autores que escriben los diferentes artículos que lo componen, no hay nada en las presentaciones que inviten a su lectura, pues solo nos ofrecen elementos de la común crítica que desde los años setenta, y posiblemente desde antes con la historia revisionista, se había hecho a las conmemoraciones de la independencia. Ya, y desde hace muchos años, estamos advertidos del sentido de la necesidad propuesta en 1910 de “implantar” una memoria colectiva en ese conjunto social de reciente creación que empezaba a conocerse como colombianos y que se unificaba, después de una sangrienta guerra, gracias al rechazo de la decisión tomada por los panameños de separarse de una república que nada les ofrecía, y a la que muy poco los vinculaba, aprovechando precisamente el intervencionismo norteamericano.

Al menos los historiadores tenemos claro que se trataba de crear un relato de algo que no existió en la forma en que fue narrada: una “historia nacional” de una nación que apenas se estaba creando; que no existía. Desde esa perspectiva criticar las conmemoraciones de la independencia con su “historia patria”, sus héroes y sus representaciones pictóricas casi todas hechas muy avanzado el siglo XIX o el XX, las plazas con sus estatuas, los parques, las nuevas o viejas historias

revisionistas, etc., no nos agrega nada, solo crítica, que puede inscribirse en esa historia posmoderna que algunos llaman historia cultural. Frente a este uso de la historia como “memoria” en la llamada “cultura popular”, es esclarecedor el artículo de Carlos Monsiváis que se publica en este libro, en el que destaco una de sus frases: “La Historia nunca es el presente, es lo que viene, las imágenes, los textos y la música donde la Patria, la entidad novedosa, es el sinónimo estricto de las potencias celestiales, preocupadas por la suerte de los mortales” [pág. 123].

Lo más interesante de las presentaciones es el llamado que se hace a aprovechar las conmemoraciones para incluir en la historia a sus actores, a las personas de carne y hueso con sus defectos y sus virtudes, lo que no hace más que revelarnos una realidad historiográfica que no queremos ver y es que sabemos muy poco de la Independencia y la forma en que esta fue lograda en las diferentes regiones de Colombia. Entremos en el contenido de la obra.

La primera parte tiene un título atractivo, pues se llama “Cuestiones iberoamericanas”, a la cual me acerco con la esperanza de que se aborde el tema de las independencias de manera comparativa. La lectura del primer artículo ofrece importantes reflexiones que nos permiten “re pensar” la Independencia, como ocurre con el de José María Portillo, que nos muestra cómo se equivocan quienes sostienen que el constitucionalismo surgió en los momentos de la crisis de la monarquía española, lo que no corresponde –según el autor– a una realidad histórica en la medida en que la reflexión constitucionalista se remonta a finales del siglo XVII; sin embargo, el artículo nos muestra cómo la crisis de la monarquía llevó a que América quedara involucrada en ella a pesar de que no haber sido invadida por tropas extranjeras. Lo interesante es que fue esta conexión con la metrópoli lo que permitió un mayor desarrollo del constitucionalismo americano y lo que le dio sentido a la Independencia. La idea quizás más interesante de este artículo es que nos ofrece claridad sobre el hecho de que el constitucionalismo,

tanto en España como en América, se desarrolla en ausencia de sentimientos nacionalistas, pues no se identificaba con espacios nacionales tales como los conocemos hoy.

Hay en esta parte del libro (como ocurre con reuniones en la que participan expertos diversos) textos que por ahora no ofrecen una mayor conexión con el objeto primario y fundamental de la reunión, que no constituyen –por ahora– “historias conectadas”, que parece ser el objetivo de los editores. Me refiero al interesante texto de Antonio Elías de Pedro Robles, “En busca de la otredad perdida: la cuestión indígena en el contexto de la occidentalidad anticuaría de los siglos XVIII y XIX”, o al ensayo de Carlos Monsiváis, “Imágenes de la ciudad. ¿Cómo se llamaba el que fundó la patria?”, que a pesar de formularnos definiciones que la “historia profesional” aclaró hace tiempo, tales como “La historia nunca es el presente, es lo que viene...” [pág. 123] y poner en cuestión el uso histórico de las imágenes consideradas clásicas, y el ritual de los himnos, la beatificación de los mártires y héroes en el desarrollo de la cultura popular, no aportan por ahora mucho al estudio de los procesos de Independencia.

Más coherente es la parte llamada *Intermezzo*, que aborda el tema de las iconografías, pues los artículos que la componen abordan el tema de la construcción de los héroes y las heroínas. Sarah de Mojica en “El modelo del Panteón Nacional. La invención de mártires, héroes y próceres como figuras protagónicas del mito fundacional en Colombia: 1820- 1910”, nos habla de la invención del mito fundacional del Estado moderno. Su enfoque en la construcción de las figuras de Bolívar y Policarpa Salavarrieta es esclarecedor acerca no solo de la construcción histórica de las imágenes de héroes y heroínas, sino de la forma en que los mártires se convierten en próceres y cómo son utilizados los óleos y las estatuas para situarlas en la memoria popular y en el sagrado altar de la patria. El rastreo histórico de la forma en que se crearon los héroes a finales del siglo XIX, gracias al proyecto desarrollado por Constancio Franco y Alberto Urdaneta, nos aclara la creación del panteón nacional.

Complementa este texto el de Javier

HISTORIA		RESEÑAS
<p>Vilaltella: “Los retratos de Simón Bolívar: la ruta difícil de una imagen”, en el que el tema central es el del retrato público, el plasmar la imagen de un hombre público para un uso público, que al girar en torno a Bolívar le permite al autor señalar la ausencia de retratos femeninos que no sean el de La Pola. Aunque el texto está más centrado en el análisis de exposiciones que en procesos históricos con preocupaciones tales como por qué se escogió a un autor y no a otro, el seguimiento de los diferentes retratistas nos muestra la construcción de las imágenes y alegorías que fueron impuestas en las memorias colectivas de los colombianos como imágenes del poder.</p> <p>De mucha mayor complejidad es la contribución de Carlos Rincón: “Visualización, poderes y legitimidad entre la Nueva Granada y la República de Colombia”, en el que ante la ausencia de imágenes de la Independencia en nuestro país nos dice cómo los constructores de la memoria colectiva buscaron ejemplos europeos, en particular franceses, para realizar sus propias imágenes y fortalecer la “fiesta revolucionaria”, con una función educativa que legitimara la nación moderna. Se trataba de símbolos prestados, como los que el autor encuentra en Nariño con la publicación de los Derechos del Hombre o en Bolívar con los funerales de Atanasio Girardot en Caracas. A los que se agregan las siembras de árboles de la libertad, o la recuperación del gorro frigio. Estos préstamos llegarían a su cúspide con la idealización del panteón nacional, que se inició con relatos literarios, continuaría con retratos y óleos alegóricos y culminaría con estatuas, plazas y museos, que alcanzó su máxima expresión con los pintores y escultores académicos del siglo XX.</p> <p>Dejando de lado el intermezzo, entramos a la tercera parte en la que se recuperan las llamadas “cuestiones granadinas”, lo cual resulta engañoso si se tiene en cuenta que el primer artículo, escrito por Lisímaco Parra y titulado “Una vez más: qué (no) es la Ilustración”, que si bien nos aclara conceptualmente desde el punto de vista filosófico el uso que hacemos los historiadores del movimiento histórico que permitió la Independencia, no nos sitúa en la cuestiones neogranadinas, como sí ocurre con el texto de Justo Cuño: “La construcción de la Nación y el retorno del Rey”, en la que nos ofrece un estudio en el que sintéticamente nos muestra todo el proceso de la Independencia de nuestro país y en el que nos explica la radicalidad de la Reconquista y la imposibilidad de reconstruir un imperio que había fracasado desde el siglo anterior por las malas administraciones españolas. Esto le permite situar los hechos de la Independencia en la relación existente entre Guayaquil, Quito y Santa Fe, que se manifestó en acciones conspirativas diversas, que tuvieron como eje el comercio, el cual –curiosamente no lo dice autor– se debía a las prácticas comerciales derivadas del traslado del situado fiscal algo que, como él mismo lo dice, había sido denunciado por un comerciante cartagenero. A pesar de tratarse de una síntesis, no escapó a Cuño mostrarnos el porqué de las características regionales de la Independencia y sus constituciones, lo mismo que la ausencia consciente en los relatos históricos de los sectores populares en los que descansó, no lo olvidemos, el peso de la guerra y el conflicto.</p> <p>En “Dios, monarquía, soberanía e Independencia en las constituciones provinciales durante la primera república”, Jorge Tomás Uribe A. nos muestra cómo en realidad no era en Santa Fe donde se desarrollaban los proyectos, sino en centros provinciales donde habían nacido quienes participaron en el movimiento ilustrado; la convergencia en la capital de ideas y proyectos se debió a las ventajas que ofrecía la presencia de universidades, lo que le permitió actuar como centro difusor de ideas que no eran producidas allí. Establecida esta premisa enfoca su disertación en torno a los principios básicos plasmados en las constituciones, tales como el de autonomía, que unido al de soberanía e independencia generarían la posibilidad de recomponer el mapa político administrativo del virreinato, primero, y del país, después. Cada concepto es explicado y conceptualizado en su aplicación en diferentes constituciones en una especie de justificación histórica del provincialismo que</p>		<p>caracterizó la Independencia, provincialismo que tiene, desde luego, otros factores explicativos adicionales que no se exponen en el artículo. Además de los conceptos jurídicos, el autor nos muestra el peso que tenía la religión en la cultura, al quedar plasmada en los principios rectores de la mayoría de las cartas que se redactaron, como algo que se asumía de hecho sin ninguna discusión; diferente fue lo que ocurrió con la monarquía, que era reconocida en las primeras constituciones, para sufrir el rechazo total cuando se tuvo más claro el concepto de independencia.</p> <p>De los textos constitucionales pasamos al periodo republicano, en el que Carmen Elisa Acosta, con “Escrituras de la Independencia, búsquedas y proyectos nacionales”, nos habla del papel de la palabra escrita en el periodo. Indaga tanto por la escritura como por la lectura, para mostrarnos cómo la opinión pública se formó tanto por la lectura como por la conversación, destacando el papel de la prensa como mediadora del discurso literario. Aparte de estudiar algunos periódicos, nos habla de las prácticas de lectura y de la función de trabajos literarios de carácter costumbrista que fueron puestos como contrapeso a los proyectos liberales que se estaban desarrollando.</p> <p>La última parte, “Cuestiones colombianas”, nos brinda la lectura de una diversidad de textos con temas tan diversos como los que componen las partes precedentes con excepción del Intermezzo. Inicia con un artículo de Jorge Orlando Melo sobre Bolívar, en que señala las diferencias en el uso de su imagen en Colombia y en Venezuela. Destaca el poco “culto” a Bolívar, a pesar de que muy pocas personas discuten su importancia en nuestro país. En la parte central del artículo hace un juicioso seguimiento del manejo de la imagen del Libertador, partiendo de las contradicciones de la primera época republicana que dividió la opinión pública entre santanderistas y bolivarianos, que algunos ven como las bases de las fracciones partidistas. Estudia el culto a Bolívar y lo trae a épocas cercanas al mostrarnos el uso de su imagen en el aparato educativo con la cátedra bolivariana hecha por gobiernos conservadores y de la dictadura de Rojas, facciones partidistas revolucionarias como el MRL, el M-19 o</p>

la Coordinadora Guerrillera. De esta manera, la figura de Bolívar aparece reclamada por los movimientos más extremistas del país, tanto de derecha como de izquierda.

El trabajo de Maya y Escobar –dos de los editores– sobre economía política, independencias y el proyecto de nación es el mismo que aparece publicado en el libro de su autoría *Ilustrados y Republicanos* (Eafit, 2011), y muestra la aplicación de las ideas ilustradas en la vida material entendida como la producción de la riqueza dentro de la esfera de interés de la nación y del Estado. El énfasis se centra en las convergencias entre la vida social y la política, basadas en las teorías y filosofías liberales. De hecho se trata del seguimiento a la construcción de una nueva sociedad y al papel que juegan en ello las ideas propias de la economía política clásica en la posindependencia, la que fue incorporada en diversos planes de estudio hasta aparecer oficialmente como cátedra en las primeras propuestas de reformas educativas, en particular en la de 1825, cuando recibió el tratamiento de ciencia liberadora por parte de Ezequiel Rojas.

Se cierra esta parte con un artículo que nos habla del uso de la historia, escrito por Cristina Rojas con el título “La historia al oído: radioteatro e Independencia (1940-1970)”, en el que rastrea cómo la emisora Radio Nacional sirvió como medio para divulgar la historia nacional, en un intento de homogeneizar identitariamente un país dividido por la violencia; se creía que de esta manera se lograría integrar a las masas iletradas al proyecto de nación. La utilización del melodrama para divulgar las ficciones históricas que se habían construido como historia patria mostró la efectividad de la radio por encima de la escuela y la lectura, pero a su vez permitió que la historia se posicionara en el aparato educativo al poner a los héroes y los símbolos patrióticos como elementos de la cohesión y la integración nacional.

La última parte del libro tiene el título de “Perspectivas”, pero no aporta mucho al conocimiento de las conmemoraciones y las crisis, y mucho menos al conocimiento de los procesos de Independencia, pero sí a la heterogeneidad de este libro, pues se compone

de un muy bien logrado artículo de Joanne Rappaport sobre los mestizos de las etapas tempranas de la Colonia y sus estrategias para superar las discriminaciones en la escala social y de género; del de José Sebastián Jansanoy, sobre las tradiciones de lucha de los indígenas en la pre y la posindependencia, en el que reclama por una mayor visibilidad histórica, y del de Leonardo Reales, sobre comercio esclavista en la república, en el que denuncia la permanencia del racismo sobre los esclavos y los esclavizados, tema sobre el cual existen importantes estudios hechos por la vieja y la nueva historia.

Alonso Valencia Llano

Profesor, Universidad del Valle